

Cambios culturales en la vida ciudadana

Rafael Carías

- * **Las modificaciones culturales necesitan tiempo para afianzarse, pero 30 años son suficientes para encontrar indicios.**
- * **Existe una cultura electoral, ritualmente vivida y sinceramente sentida, que es al mismo tiempo producto y reforzador de la mentalidad democrática.**
- * **La conciencia de igualdad ante la ley ha superado el sentimiento de minoría de edad y proteccionismo propio del mundo bucólico-feudal de la vuelta de siglo y gran parte del gomezalato.**
- * **El fervor democrático de las mayorías es diferente de la retórica partidista que alerta sobre el peligro en que se ve la democracia justamente cuando ocurre una crisis en los partidos o en el gobierno por causa del excesivo partidismo.**

30 años de ejercicio ininterrumpido de instituciones democráticas han debido dejar una huella en las actitudes básicas ciudadanas formando lo que puede llamarse una cultura democrática. Recordemos que la cultura es el conjunto de valores aceptados, normas y orientaciones vividas e integradas en el patrimonio de los pueblos. Aquí circunscribimos la cultura al ámbito de lo ciudadano porque en ese campo es donde puede observarse más claramente el influjo de la democracia en cuanto tal. La filosofía escolástica plantearía este tema en términos del "efecto formal" de la democracia en la cultura. Naturalmente las modificaciones culturales necesitan tiempo para afianzarse, pero 30 años son suficientes —sobre todo en el mundo veloz de hoy— para encontrar los indicios de cambios culturales debidos a la vida democrática. Un ejemplo explicativo de cómo un fenómeno de treinta años de duración se presta a un estudio socio cultural lo presenta sin duda la experiencia cubana, que además corre simultáneamente con la nuestra y que ha marcado un fuerte cauce en la mentalidad y orientación de vida en los habitantes de la isla, quienes continúan por otra parte siendo caribeños.

El caso de la Venezuela democrática no es tan típico ni tan radical como el de la Cuba socialista, pero sí ofrece posibilidades de constatar algunos cambios sobre todo si comparativamente se tiene en cuenta el punto de partida: la Venezuela de la primera mitad de este siglo de corte provinciano, infantiloides y agrario, cuando la población no había llegado a una mayoría de edad ciudadana y vivía a la merced y arbitrio del alto jefe, sus lacayos y los inmediatos jefes de la tierra. El provincianismo, incluido el propio de Caracas, restringía el horizonte de lo cultural no más allá de los techos de las casas vecinas entreteniéndose en contar y recontar anécdotas con una ironía de estrecho tinte local como se observa en los cuentos de Aquiles Naza y en la "historias" de Herrera Luque.

La Venezuela cosmopolita de hoy, con aire de mayor seguridad en sí misma, ca-

paz de convivencia, la comprensión y el respeto, es producto sin duda de la democracia, tenidos en cuenta naturalmente otros hechos derivados del auge petrolero como la inmigración europea y la salida al exterior de numerosos jóvenes universitarios y profesionales, factores que rompieron el aislamiento del país y reforzaron el efecto de la democracia en la vida ciudadana.

Notemos asimismo que, aunque el punto de partida fue remoto y que el camino recorrido fue relativamente largo, el comienzo sin embargo no fue desde cero, porque también entonces existían organizaciones que proporcionaban el fundamento para la gestión autónoma y daban margen a la responsabilidad de los grupos.

LAS ELECCIONES, UN RITO ESCRUPULOSAMENTE OBSERVADO

Entre los efectos del ejercicio democrático en la vida cívica sobresale en primer lugar el respeto por los procesos electorales, desde la inscripción de los candidatos hasta la proclamación del ganador, pasando por el solemne depositar del voto y el así mismo solemne conteo de votos. Ese ciudadano asistir, cumplir y observar el cumplimiento de estos procedimientos es índice de un hondo convencimiento de lo serio e importante de este ejercicio de la votación.

Si bien el lugar de lo electoral es nuevo, la seriedad con que se toma esa participación tiene antecedentes de antaño cuando el pueblo vivía en un ambiente tranquilo y hasta bucólico y cumplía exactamente las formalidades organizativas de las asociaciones y confraternidades permitidas en la época, dotando a éstas de un cuadro de puestos directivos: Presidente, Vice-Presidente, Secretario, Tesorero y Vocales. Las sesiones quedaban registradas en el libro de actas y los acuerdos emanados de ellas seguían el mismo modelo de considerandos y puntos acordados, precedidos de un número ordinal. Estos esquemas formales de constitución y funcionamiento de los organismos co-

lectivos fue objeto de veneración; nadie se atrevía a modificarlos. Con este precedente, cuando con el advenimiento de la democracia se instituyó la práctica electoral, significó este ejercicio un verdadero rito ejecutado en una forma escrupulosamente seria en todas las instancias donde se realizara, lo mismo en los liceos y universidades que en los sindicatos laborales y agrarios, por no mencionar las grandes elecciones nacionales. El día de la elección nacional está consagrado completamente a la ejecución del derecho de votar. Desde la madrugada comienzan a formarse las colas de votantes, mientras a los encargados de las mesas de votación les esperan hasta doce horas de abnegado y vigilante trabajo. Unos y otros dan muestra de paciencia, dedicación y naturalidad, en todo ese día. No hay elección que no mueva al comentario: ¡qué jornada tan cívica! Pareciera que el apasionamiento propio de la campaña electoral fuera puesto entre paréntesis y que todos se hubieran trasladado con la seriedad del caso a la región de las ideas puras que representan en una forma mecánica y descarnada la operación de elegir. Podemos resumir diciendo que existe una cultura electoral muy vivida y sinceramente sentida, donde participan todos según su rol y que este rito así observado es al mismo tiempo producto y reforzador de la mentalidad democrática.

EL RESPETO AL FUNCIONARIO EN CUANTO TAL

La democracia subraya el carácter igualitario. Dentro de la sociedad todos los ciudadanos son iguales. La ley no discrimina y los derechos ciudadanos son iguales para todos. Veamos el efecto de los años de experiencia democrática en la conciencia de igualdad ciudadana. Podemos constatar que la conciencia de igualdad ante la ley ha superado el sentimiento de minoría de edad y proteccionismo propio del mundo bucólico-feudal de la vuelta de siglo y gran parte del gomezalato. Hemos aprendido a sentirnos ciudadanos, a invocar la ley, a acudir a las instancias pertinentes y a las instituciones públicas para hacer valer nuestros derechos. Las madres acuden a los organismos que protegen al niño, los particulares interponen recurso de amparo. El sentirse protegido por la ley y no más a la merced del capricho del déspota es un logro cultural atribuible a la democracia.

Presupuesto el sentimiento de igualdad básica, vamos a mencionar el punto de la actitud frente al funcionario en cuan-

to tal y no en cuanto es un ciudadano más. El venezolano ha aprendido a distinguir estos aspectos y profesa por el funcionario en cuanto investido de autoridad un respeto impersonal basado solamente en la dignidad del oficio. Como se trata sencillamente de la relación entre el ciudadano particular y un representante del gobierno, aclaremos en primer lugar hasta qué punto el venezolano medio tiene ideas precisas y vividas de lo que es sociedad, estado y gobierno.

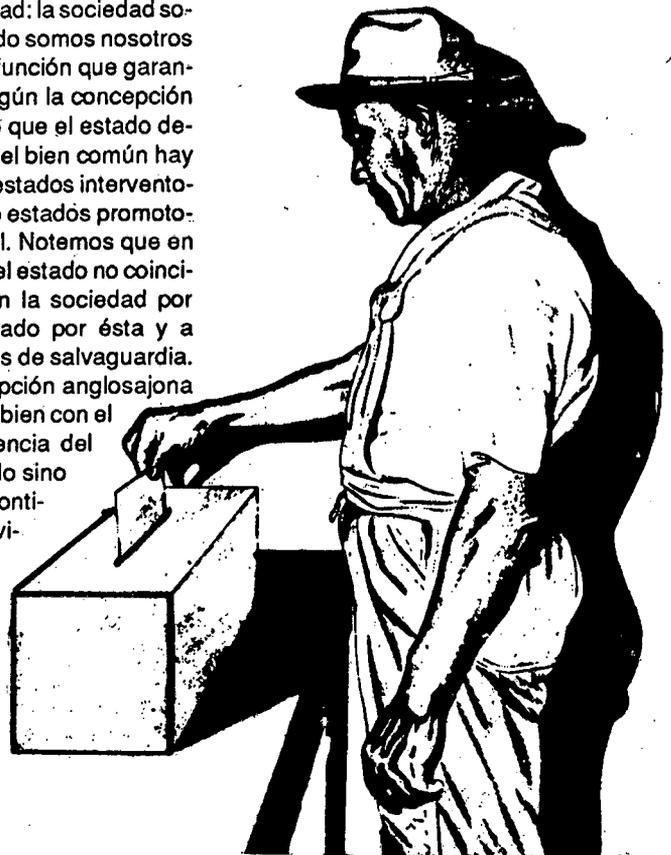
Digamos de entrada que entre nosotros el concepto de estado todavía no tiene vigencia. Pocos pueden decir la diferencia entre expresiones como jefe de estado y jefe de gobierno. Conceptos como la reforma del estado, de que tanto se habla, son calibrados solamente por los entendidos. Detalles como el adjetivo estatal (referido a los estados que forman el territorio) y estatal (referido al estado venezolano) son sutilezas burocráticas. El problema del binomio sociedad - estado (¿por qué la sociedad necesita un estado?; ¿por qué esa duplicación?; si el estado es para proteger a la sociedad, esto es, a sus individuos débiles del abuso de los fuertes, ¿quién protege a los individuos del abuso del estado?) ha llevado en otras partes a aquilatar el concepto de sociedad y su relación con el estado. En la concepción europea el estado coincide (numéricamente) con la sociedad: la sociedad somos nosotros y el estado somos nosotros también pero con una función que garantice el bien común. Según la concepción económica social de lo que el estado debe hacer para obtener el bien común hay estados gendarmes o estados interventores, estados liberales o estados promotores de asistencia social. Notemos que en el derecho anglosajón el estado no coincide numéricamente con la sociedad por ser un organismo creado por ésta y a quien se le da funciones de salvaguardia. Según esta última acepción anglosajona el estado coincide más bien con el gobierno. En la conciencia del venezolano no el estado sino el gobierno es el que continúa teniendo amplia vigencia. El Estado será un concepto jurídico, pero todos experimentamos en carne viva los abusos o la negligencia o las parcialidades del gobierno. Referente al concepto de sociedad como nuestra reali-

dad colectiva, apenas se comienza a hablar de ella más entre los estudiosos de ciencias políticas que entre los sociólogos. Nuestro ser colectivo lo entendemos mejor cuando empleamos el término nación. Como el concepto nación tiene un matiz definitivamente histórico cultural, no es apto para designar nuestro colectivo territorial que comprende varias "naciones"; por eso el término sociedad se irá imponiendo.

Aclarados estos conceptos volvamos al punto inicial de las relaciones de respeto entre los individuos y los funcionarios, esto es, en la mentalidad cotidiana, los representantes (no del Estado sino) del gobierno.

En democracia el venezolano ha aprendido a distinguir entre persona y oficio y el respeto dado al funcionario se debe ante todo por razones de su investidura oficial. El funcionario representa la autoridad; en la era predemocrática se reaccionaba con temor y sumisión; la democracia ha enseñado por encima del temor a mostrar respeto. Diferencias personales o ideológicas pueden mediar entre una persona y el funcionario que se hace presente; al prevalecer la consideración de su dignidad oficial, éste es saludado ritualmente poniéndose todos de pie.

La educación democrática, si bien ha logrado desplazar el temor por un respe-



to digno y ceremonioso, no ha conseguido erradicar totalmente una deficiencia de conducta heredada de la época de los señores y de los déspotas: la adulación. Las raíces de la adulación, lamentable constante antropológica del venezolano, son múltiples: por una parte está el oportunismo facilista (busca un padrino, arrímate) que quiere mantener favorable el ánimo del poderoso; por otra parte opera una actitud de defensa curándose en salud, ya que el mantener una actitud no parcializada para con el jefe podría malinterpretarse como distanciamiento y enemistad. La raíz más honda y más amplia ha de buscarse en la menguada dignidad propia que tiene el venezolano. La pequeñez de ánimo continúa su labor envileciéndose y empequeñeciéndose más frente al más grande, ya sea por evitar una amenaza ya sea por obtener una ventaja. ¿Podrá la democracia contribuir más a que el venezolano recobre su dignidad personal y colectiva? La práctica de los partidos al favorecer el padrinazgo y el caudillismo tienden a mantener la relación siervo-amor.

TOLERANCIA Y CONVIVENCIA.

El moderado sentimiento de orgullo nacional, de larga data, solamente interrumpido por la chabacanería de la gran Venezuela, tiene como contraparte la famosa convivencia del venezolano con extranjeros de toda índole que han venido al país. El respeto demostrado al jefe en razón de su cargo, se traduce ahora en el respeto benévolo hacia el grueso contingente de emigrantes y asilados que trabajan o residen sin más en Venezuela.

Esa tolerancia proverbial en dejar que los demás vivan a su manera sin forzarlos a una integración, al contrario, estimando y admirando sus facultades específicas, ha recibido su bautismo de fuego en la notable presencia de emigrantes de las repúblicas hermanas. La democracia ha canalizado los sentimientos. El saber que se está en un régimen igualitario y en un estado de derecho ha mantenido un clima de admirable tolerancia a pesar del acrecentamiento del desempleo y de la inseguridad pública. Naciones más civilizadas, y que han sido históricamente padres de la igualdad y la fraternidad no afrontan este problema con la misma serenidad que nosotros. Los 60 millones de franceses no son tan moderados con relación a los 3 millones de fuerza laboral mediterránea y norafricana como los 14 millones de venezola-

nos con relación a los 2 millones de bolivianos que hospedamos. El provincialismo intransigente y burlón es sobretodo para consumo interno y aun así los que de esa manera se comportan son tenidos por "indios" que nunca han visto gente. Ha prevalecido, y en esto se evidencia un progreso civilizatorio y democratizante, la moderación y el respeto por los extranjeros sobre todo por los que vivieron en los años que precedieron la actual era democrática.

Hay que añadir otro factor en favor de la convivencia y tolerancia y es la experiencia de numerosos jóvenes que, amparados por el plan de becas Mariscal de Ayacucho y otros subsidios, pudieron convivir en el extranjero mientras realizaban sus estudios y de esta manera pudieron comprender mejor la situación del emigrante y ampliar sus propios horizontes culturales. Logro de la democracia ha sido que el venezolano con cierto matiz cosmopolita iniciase esta vía media equidistante del nacionalismo fatuo-típico de la gran Venezuela y de la admiración ignorante e indiscriminada de todo lo foráneo que llega a Venezuela, ese "bello" país.

LA DEMOCRACIA UNA CONVICCION

En último lugar, pero no en importancia mencionemos un cambio cultural en el campo de las actitudes fundamentales y es el arraigamiento de la convicción de los valores intrínsecos de la democracia. La democracia no es sólo una opción, o un mal menor, sino está entre todos, pueblo llano como intelectuales, firme y profundamente valorada. No se ignoran los lími-

tes y fallos de la democracia histórica y realizada, y sin embargo y precisamente por eso se le reconocen sus valores. Por más desesperado que se está, nadie pone sus ilusiones en el sable y la cachucha, y esto lo hace, no mirando de reojo a lo que pasó y continúa pasando en parte del cono sur, sino porque tiene fe en la evolución de los pueblos y en los recursos con que una sociedad en marcha puede disponer. Ese fervor democrático de las mayorías es diferente de la retórica partidista que alerta sobre el peligro en que se ve la democracia justamente cuando ocurre una crisis en los partidos o en el gobierno por causa del excesivo partidismo. La sabiduría del pueblo en favor de la democracia es distinta de las posturas interesadas de aquellas instituciones y personas que desvirtuando a la democracia en el fondo la lesionan. El pueblo observa que la vida democrática es un proceso en el cual él, el pueblo, va siendo un interlocutor cada vez más participativo. Se es consciente de su participación ya desde ahora en sindicatos y juntas vecinales, y está próximo el día en que podrá elegir nominalmente a los concejales y gobernadores. La democracia creída y valorada no es la democracia "realizada" ahora y en el pasado, sino la democracia como esperanza que se vislumbra en la ruta histórica de los pueblos que saben convivir, respetar y sufrir.

Una Venezuela pluralista en convivencia se acerca al umbral del siglo XXI. El ascenso vertical y movimiento súbito de niveles sociales se dispó al convertirnos en deudores. La gente ya acomodada seguirá acomodándose más, pero la era del nuevo rriqueísmo y la emergente clase media ya pasó. Hay movimiento vertical pero hacia abajo. A los siete años de bonanza han seguido otros siete o más de empobrecimiento. Pero los nuevos empobrecidos no son iguales a los pobres tradicionales. La nueva pobreza tiene signos de austeridad y laboriosidad. La nueva pobreza "emergente" entiende más de solidaridad y de saber compartir. Esta nueva pobreza "vergonzante" no se avergüenza de serlo sino de lo que ha sido antes, derrochadora y vana. Este es el nuevo pueblo que lleva sobre sus hombros la democracia esperanza.

Rito electoral, igualdad y dignidad frente al funcionario, convivencia en el pluralismo y profunda convicción democrática son las semillas germinadas en estos primeros treinta años de ejercicio democrático, "real", chucuta y todo, pero porción de la ruta de la esperanza.

